

## La ciudad es el espacio público

### Fernando Carrión M

Jordi Borja señala que “el espacio público es la ciudad”. Las ciudades no son el espacio de lo doméstico o privado, son el ámbito donde la población se encuentra (simbiosis), se identifica (simbólico) y se manifiesta (cívico); es decir son el espacio público.

En estricto sentido, las viviendas no son la ciudad sino sus fachadas, porque ellas cierran la plaza y delimitan la calle. De allí que no se sale de la casa para ir al exterior, si no que, en rigor, se sale de la casa para ir adentro, para ser parte y construir el espacio público. Se sale de la casa para encontrarse con el otro, hacer ciudadanía y producir pensamiento cívico. Se sale del espacio público para ir afuera, al espacio doméstico, al espacio privado, al exterior; hacia lo no ciudadano.

El espacio público es la ciudad por ser el espacio donde la población se representa, visibiliza y encuentra; se trata “del ayuntamiento” o “del lugar común”, conceptos que deben ser revaluados en un contexto de adversidad. El símbolo principal del espacio público es la plaza (ágora), que según Ortega y Gasset se la puede definir así: “La de construir una plaza pública y en torno una ciudad cerrada al campo. Porque, en efecto, la definición más acertada de lo que es la urbe y la polis se parece mucho a la que cómicamente se da del cañón: toma usted un agujero, lo rodea usted de alambre muy apretado, y eso es un cañón. Pues lo mismo, la urbe o polis comienza por un hueco: el foro, el ágora y todo lo demás es pretexto para asegurar el hueco, para delimitar ese dintorno”.

La plaza, como elemento principal del espacio público, estructura y organiza la ciudad. Su existencia cobra vida, por ejemplo, cuando hay un “espacio” vacío que localiza y ubica en su derredor al Palacio de Gobierno, a la Catedral, al Palacio Municipal, y de allí salen y llegan las calles que unen otras plazas y otras funciones de la ciudad, conformando un sistema de lugares significativos. El espacio público es la gran sala de reunión, de encuentro y de tertulia (ágora, polis) que se constituye en el mayor parlamento cívico, el lugar donde se construye un pensamiento civil. Por eso, la sociedad civil no es un grupo humano sino el espíritu de la ciudad encarnado por los ciudadanos que la habitan.

No obstante, hoy vivimos la mercantilización de lo simbólico y el tránsito del espacio de los lugares al espacio de los flujos (Castells), los que desarrollan dos patologías que tienen el mismo sentido de no producir ciudad; por un lado, el *enclaustramiento* que conduce al encierro y a la cultura a domicilio (tele trabajo, cine a domicilio), y por otro, la *agorafobia* que expulsa a la población del espacio público y hace que la plaza se convierta en un producto urbano en vías de extinción dentro del urbanismo moderno. Esta doble condición lleva a que el espacio público se convierta en el ámbito principal del conflicto urbano, de la erosión de la ciudad; pero a su vez, en el elemento central del nuevo urbanismo.

La calidad de una ciudad depende de la calidad de su espacio público. Si las veredas son estéticamente mal concebidas y funcionalmente ineficaces, la ciudad es de baja calidad. Si las plazas son remplazadas por áreas “comunales” que se ubican luego de poner vivienda, comercio o administración, la lógica del urbanismo se invierte y la ciudad se erosiona. Si los parques se cierran, lo que se construyen son guaridas que no generan integración y, por tanto, lugares segregados que no son ciudad.